

Hombres e ideas en los días de Mayo

Por GUILLERMO FURLONG

EL P. JUAN JOSE GODOY. — LA EXPULSION DE LOS JESUITAS Y SU TRASCENDENCIA. — UNITIVISTAS Y DISGREGATIVISTAS. — LA PROCLAMA DE CADIZ A LOS AMERICANOS. — LOS HOM- BRES DE LA REVOLUCION. — LA LEGION INFERNAL. — EL CON- TRATO POLITICO ACUÑADO POR SUAREZ. — ROUSSEAU Y SUA- REZ. — EL CASO BELGRANO. — EL CASO MORENO. — EL ES- PIRITU DE LOS HOMBRES DE MAYO.

• OCHO AÑOS ANTES DE LA REVOLUCION FRANCESA

QUIENES han considerado a la Revo- lución Argentina como una deriva- ción, un epígono de la Revolución Francesa, hánse empeñado en hallar ana- logías y vinculaciones entre una y otra, desnaturalizando así, y a las veces en for- ma penosa y hasta desastrosa, la más be- lla y trascendental página en los anales patrios.

Bastaría para hacer cautos a los incau- tos, que así han considerado nuestra emancipación, el hecho de que, ocho años antes de producirse la revolución francesa, entre mayo de 1781 y agosto

de 1785, un sacerdote, que era a la vez jesuita, el argentino, Padre Juan José Go- doy, habiéndose trasladado desde los Es- tados Pontificios a Londres, procuraba convencer a los políticos de la Corte de Saint James para que el Gobierno Bri- tánico promoviera o, a lo menos, respal- dara y apoyara el levantamiento y la in- dependencia de las provincias ultramari- nas hispanas, y de 1780, nueve años an- tes de la dicha Revolución de 1789 es la primera redacción de la *Carta a los Ame- ricanos Españoles*, escrita por otro Jesuí- ta, el Padre Juan Pablo Vizcardo, carta que fue la primera clarinada, que sonó en la América hispana, y de la que tan- to se valió a partir de 1790, Don Fran- cisco de Miranda.

● EL PADRE JUAN JOSE GODOY

Nada de todo esto se dice en los libros de historia argentina, porque sería en detrimento de la tesis, tan apriorística como infundada, de que la revolución argentina fue hija de la francesa, y menos aún se recuerda que, hechas las paces entre Inglaterra y España, años antes de los sucesos de la Francia, pasó el Padre Godoy a los Estados Unidos, y que, mientras inducía al Gobierno de Washington a secundar la ambicionada revolución hispanoamericana, fue mañosamente capturado por los esbirros españoles y encerrado, de por vida, en los calabozos de Santa Catalina, en Cádiz.

Nada de todo esto hallamos en las historias argentinas, y eso que se trata de un argentino; pero esas mismas historias refieren, con flébiles acentos, cómo el venezolano Miranda terminó su existencia en las mazmorras de La Carraca, también en Cádiz, y en la misma época que Godoy.

¡Lastimoso lujo de condolencias para el venezolano jacobino; inconcebible olvido para con el Jesuita argentino!

● GODOY Y TUPAC AMARU

En un reciente libro, que tiene por objeto probar que el levantamiento de Tupac Amará, en 1780, no tuvo tan sólo un objetivo social sino también político, esto es, la independencia hispanoamericana, afirma su autor, que es profesor de historia en una de nuestra Universidades, que el tal Godoy ninguna influencia tuvo en ese movimiento, pero reconoce que un misterioso "don Juan" la tuvo, y la tuvo enorme, y no solamente en las revueltas independentistas del Alto Perú, sino también en las de Chile y en las de Nueva Granada, pero no nos dice, antes

oculta, que ese misterioso "don Juan" no es otro que el jesuita mendocino antes mencionado, Juan José Godoy.

● LOS ESTADOS PONTIFICIOS, CUARTEL GENERAL DE LA REVOLUCION

Respaldados por documentación éditada e inédita nos atrevemos a decir que el primer Cuartel General de la Revolución americana no fue Londres, como suele afirmarse, sino los Estados Pontificios, donde moraban, desde 1767, más de mil jesuitas americanos, bárbaramente arrojados de sus respectivos países por un Rey despótico.

No hay que olvidar que con anterioridad a 1767 esos jesuitas habían dirigido más de cien colegios en toda la América Hispana, desde la California y la Louisiana hasta Buenos Aires y Santiago de Chile, y recordemos que si la España estableció 33 Universidades en sus colonias, para una población que en 1810 no llegaba a los 15 millones, trece de esas Universidades, y podemos afirmar que las de mayor vitalidad y de enseñanzas más trascendentales, fueron fundadas y fueron sostenidas por los Padres Jesuitas (por lo que respecta al Río de la Plata, la Universidad de Córdoba y la Universidad de Chuquisaca), y aquellos maestros, arrojados al ostracismo, quedaron vinculados con sus alumnos americanos, y en número de más de 300, según afirmaba Miranda, no sólo simpatizaron con la independencia, sino que contribuyeron a ella por los medios a su alcance.

● LA EXPULSION DE LOS JESUITAS Y SU TRASCENDENCIA

Los historiadores americanos recuerdan como un hecho intrascendente para la

América, la expulsión colectiva de 1767, pero Menéndez y Pelayo, Ramiro de Maetzu, y recientemente José María Pemán, ven en ella la raíz remota, pero *cierta y vigorosa*, de la revolución americana. Pemán buzo luminoso de los secretos de la historia, escribe que: *"La expulsión de los jesuitas tuvo repercusiones insospechadas en los dominios españoles de América. Aparte de ser una muestra desmoralizadora de ingratitud, un hachazo dado por la propia España a su más limpia tradición, en el orden práctico descuidó totalmente la organización docente y cultural de aquellos virreinos. Ciento veinte colegios y trece Universidades, con una dotación de 2.700 padres, quedaron vacíos y, al sustituir atropelladamente esta enseñanza, vinieron sin selección, tropes de mediocres profesores del país. Eso dió un impulso enorme a la difusión e influencia, de lo que se ha llamado luego el criollismo, o sea, la difusa conciencia de solidaridad diferencial —raíz de independencia— de los naturales del país..."*

Un fenómeno inexplicable para los historiadores es el que todas las turbulencias coloniales desde 1780 hasta 1810, aunque inconexas en apariencia, fueran espontáneas y fueran precisas en su conjunto, y uno de esos historiadores, Carlos Navarro Lamarca, asevera que "este sincronismo y esta identificación de miras no se explica sin la intervención de una mentalidad directora"; y tímidamente apunta al apostolado jacobino de don Francisco de Miranda, sin percatarse de que éste había apuntado al apostolado de aquellos 300 jesuitas que él mencionaba y que, desde los Estados Pontificios, serena pero incisivamente, habían formado en toda la América el ambiente revolucionario.

● UNICA QUERELLA POPULAR CONTRA ESPAÑA

Aunque aquellos movimientos, abierta o taimadamente independentistas, aparecieron y desaparecieron con iguales o análogas ondulaciones en la América Hispánica del siglo XVIII, no había en ellos agravios algunos de fuste contra el Gobierno Peninsular, sino es el causado por aquel acto feroz de embravecido despotismo de 1767, cuando toda ley fue violada, y que fue un golpe mortífero contra la vida espiritual y cultural de las Américas. Eso sí: una vez iniciada la lucha armada contra la Metrópoli, se buscaron, sobre todo en los libros franceses, y se hallaron, abundantes agravios del más subido tono, y se cristalizaron en el lenguaje más bravío.

● FELICES BAJO EL GOBIERNO ESPAÑOL

Lejos de nosotros el extender a la zona, entre los paralelos 20 y 40, lo que acerca de los Felicianos, que según el Marqués de Lessay moraban entre el 40 y 50, escribe ese utopista, pero en lo que al Río de la Plata respecta, había con anterioridad a 1810 una felicidad personal y colectiva, apenas comprensible hoy día, y había un bienestar social y una cultura extendida a todas las capas de la sociedad, y si bien es cierto que se carecía de ese esplendor ficticio, del que se ufanaban algunos países de la Europa (que se creían muy adelantados), la vida era tranquila y sin preocupaciones serias; no siempre, por lo que respecta a lo económico, hubo abundancia, pero jamás hubo escasez. No había corazones turbados, ni voluntades inciertas, ni almas nostálgicas. La respetuosidad, que ha-

bía abandonado a la Europa en el siglo XVII, aún permanecía entre nosotros, y la ironía socarrona, que había penetrado en el Viejo Mundo, no había aún aportado al Nuevo. No resonaba, es verdad, el ruido de las fábricas y de los talleres, pero la cédula social era felizmente la familia y no la oficina o fábrica, y por encima de todas esas bendiciones, la inmensa mayoría de los hombres de entonces se sentían felices al sentirse guiados por los principios religiosos, y muchos de ellos sentíanse felicísimos al sentir sus almas más seguras y más sencillas, que la de un niño pequeño, cuando por el pensamiento se unían al Padre que está en los cielos.

• ALGUNOS CREIAN EN UNA MAYOR FELICIDAD

Pero la historia nos enseña que, aun los hombres más felices llegan a cansarse de sí mismos y de su bienestar. La paz, el sosiego, la vida sin incidentes fuertes les llega a resultar insoportable. Es placentera su existencia, pero creen que aún puede ser más placentera. Entonces se despierta en ellos un afán por lo inefable, por lo inaudito, por lo que no han experimentado aún. En el decurso del siglo XVIII ese afán de mejoramiento se concentró muy especialmente en lo político, y de ahí aquella preocupación por conocer los orígenes de la autoridad, y las limitaciones de la misma y los sistemas de ejercerla. Los hombres que habitaban estas regiones del Nuevo Mundo, aunque al tanto de esas y demás teorías europeas, sabían como varones profunda y ostensiblemente religiosos que eran, que Dios, creador del hombre y autor de la sociedad, había otorgado a ésta los elementos necesarios para existir, vivir, pro-

gresar y perfeccionarse, en conformidad con los planes divinos, y sabían que el primero de esos elementos era la autoridad, esa fuerza que une y que anima el cuerpo social como el alma da unidad y vitaliza al cuerpo humano.

• LO QUE PENSABAN SOBRE EL ORIGEN DEL PODER

Sabían que la autoridad era algo que viene de arriba, era algo divino; comprendían que no podían crearla ni destruirla, sabían que no era algo suyo, de ellos, pero en conformidad con la doctrina católica, magníficamente expuesta e ilustrada por el Padre Francisco Suárez, que fue en toda la América Hispana, desde el XIX, el pensador de mayor influencia, esa autoridad viene de Dios a los hombres y corresponde a éstos establecer, en un país dado, la forma de gobierno, y para ello elegir a la persona o personas que han de ejercer la autoridad. Sabían finalmente que entre el pueblo y el mandatario había un contrato, pacto o convención, el que quedaba anulado en caso de faltar un gobernante a los compromisos estipulados.

• HABIA UN CONTRATO ENTRE LOS REYES DE CASTILLA Y LAS PROVINCIAS AMERICANAS

Esta doctrina de Suárez que tuvo vigencia en todas las aulas universitarias en la América hispana, y por enseñarla tenazmente los jesuitas, fueron ellos expulsados de tierras americanas en 1767, era la tradicional ideología española, anterior a los Borbones. Carlos V, por la Real Cédula de 1519, estableció dos co-

sas hoy olvidadas, pero que eran bien sabidas por las gentes cultas y aun incultas con anterioridad a 1810: la América era *independiente de la España*, pues ella constituía un Reino aparte, el Reino de Indias, agrupado sí pero no fusionado con la España en una misma monarquía. Aún más: el reino de Indias, por esa misma Real Cédula, dependía exclusivamente del Rey, y dependería de él mientras él cumpliera con el compromiso de sostener, perfeccionar y defender a su Reino de Indias, formulando así Carlos V lo que un indiano ilustre, el doctor Felipe Ferreiro, ha denominado "pacto explícito y solemne", entre los Reyes de España y los pueblos de América.

Este pacto o contrato, explícito y solemne, desde la Real Cédula de 1519, había conservado su vivencia teórica en la doctrina de Suárez, como ya indicamos, y fue ella la que puso en manos de los patriotas, así en México como en Venezuela, así en Quito como en el Río de la Plata, la llave de oro con que habrían de abrir y en efecto abrieron las puertas a la independencia, y con que la justificaron.

• EN EL CASO DE QUEDAR ACEFALA LA MONARQUIA ESPAÑOLA

Pero antes de ofrecerse esa coyuntura, recordemos el arduo problema que se creó a los hombres de gobierno, y aun a los hombres todos de pensar profundo (y el pensar profundo fue prerrogativa de aquellos hombres, como hoy lo es el de la información noticiosa más variada), el problema, digo, que se creó en el caso hipotético de que la España cayera en poder de Napoleón: ¿Cómo

se habrían de constituir los americanos o indios, desvinculados de la España a la que estaban juxtapuestos, aunque bajo el dominio de Fernando VII, al que habían jurado por rey? Mientras durara la acefalía del Trono, ¿vivirían organizados bajo un solo gobierno superior, o se mantendrían los virreinos o capitanías generales existentes, con regímenes propios y adecuados a sus particulares intereses, o se romperían los moldes existentes y, campando cada región o zona por sus propios caminos, crearían sus gobiernos particulares, reajustando después los límites y fronteras de las capitanías y virreinos?

Hoy no nos afectan estos interrogantes, pero hay que tener presente la situación de la Europa de entonces: Napoleón, tan odiado en América como en España, cual otro dios Moloch iba devorando a los países de Europa, y sólo quedaba libre la mitad de la España, después solo la Andalucía y a poco andar, solo la península de Cádiz; América inmensa, con una población de 15 millones de habitantes, con una masa de población muy superior a la peninsular, con perspectivas sociales y comerciales las más halagüeñas, se hallaba acechada, de la una parte, por la Inglaterra, y de la otra parte, por la ambiciosa Lusitania, que colindaba con la América Hispana, desde Nueva Granada hasta el Río de la Plata.

No olvidemos que los americanos de entonces ninguna experiencia política, de largo alcance, habían podido tener. Habían aprendido a amar o a despreciar la política, ni sabían si era ciencia o si era arte, ni sabían si era algo que se desprecupaba, así de la belleza como de la verdad de las cosas, aunque es probable que habían leído, tal vez con sobresalto, en los escritos de Quevedo, que así como el arte de la guerra era el arte de des-

truir a los hombres, así el arte de la política era el arte de engañar a los hombres.

● UNITIVISTAS Y DISGREGATIVISTAS

Lo cierto es que ante el novedosísimo panorama de Europa, explícita o implícitamente se dividieron los americanos en dos grupos: en *unitivistas* o partidarios del mantenimiento y robustecimiento del Reino de Indias, y en *disgregativistas* o partidarios del desconocimiento y de la disolución de la unidad de ese reino de Indias.

Por otra parte, no hay que echar en olvido que los hombres de 1810 no prepararon la emancipación, ni la realizaron; ella fue el producto de hechos tan inopinados como sorprendentes, acaecidos en la Europa. No hicieron la emancipación, sino que ella les vino a las manos como un regalo del cielo. Lo que hicieron, y en forma egregia, fue aprovechar la oportunidad. Por eso decimos y sostenemos que los americanos no fueron infieles a los Reyes de España; menos aun fueron traidores a los Reyes de España. Si hubo alguna infidelidad, si hubo alguna traición (entendido este vocablo como denominación simple de quien deserte de su puesto en un momento decisivo), la traición estuvo de parte de los Reyes de España, de parte de Fernando VII, y antes del proceder desdorado de este desgraciado monarca, estuvo en los procederres inverecundos de la España afrancesada.

Ciertísimo es que la inmensa mayoría, la casi totalidad de los americanos, desde Méjico y Puebla de los Angeles hasta Montevideo y Buenos Aires, se sentían felices bajo el gobierno paternal de los Reyes españoles y apenas daban crédito

a las noticias desfavorables que, referentes a ellos, les llegaban; sólo un núcleo reducidísimo, un uno o dos por mil, simpatizaba con la posible independencia, y aún esos tales pensaban como Belgrano, cuando dijo, con relación al dominio de la Inglaterra sobre estas regiones americanas: "o el viejo amo, o ninguno".

Nadie debe extrañarse de aquella apatencia, aunque brotada de muy pocos corazones, ya que es una realidad inherente a la misma naturaleza de las colectividades, como lo es respecto de los individuos, de quienes ellos se componen, el desear su autonomía, su self government, su independencia, ya que es una de las inclinaciones más excelsas concedidas por Dios a los hombres, y ¡cuán profundo y cuán vigoroso es, a las veces, el sentimiento oscuro que precede a la idea luminosa, y cuán hábil es entonces la mente humana para discernir, en los fenómenos que acaecen cabe él y en las noticias que le llegan de otras partes, los elementos que le serán de provecho, y cómo se ingenia para desembarazarse de cuanto puede serle de estorbo!

● SE HABIA PERDIDO FE EN LA ESPAÑA

Por lo que respecta a los hombres pensantes del Río de la Plata, en lo que concierne a la España, reconocemos que, desde 1767, la esencia misma de la nación española se había ido diluyendo, y se fue perdiendo confianza en ella, aunque todavía era una nación viva; no así cuando la España de Godoy apareció ante los americanos como una nación moribunda. Su misma existencia estaba entonces amenazada.

Ante esta realidad, aquel pequeñísimo grupo de hombres concibió y amamantó la idea, posible tal vez, tal vez probable,

de la formación de una nueva nación, comprensiva de toda la América hispana o de parte de ella. Reconozcamos sinceramente, porque es la realidad histórica: la revolución de 1810 fue la obra de *muy pocos*; en manera alguna fue el fruto de un estado de conciencia o de la voluntad general del pueblo rioplatense.

• LA OBRA DE MUY POCOS

Aún más: aquel pequeño grupo de hombres que, para justificar *a posteriori* la independencia, acusó a España de haber querido conservar a la América en la ignorancia, para así más fácilmente tenerla sujeta, probaron con su acción, lo contrario de lo que decían con sus palabras. Una revolución, si ha de ser fecunda, exige la conciencia clara de una norma nueva y de una voluntad resuelta para aplicarla. Pero esta capacidad para percibir una tal norma es cabalmente una *perfección cultural*, es la floración de una mentalidad profunda y bien cultivada, ya que un pueblo hundido en la ignorancia está incapacitado para percibir y para aplicar esa norma, y en esa falla estaría su fracaso. Tener a punto los resortes precisos para llevar a cabo una revolución fecunda, por causales basadas en la ignorancia, no habría sido posible, ni habría sido necesaria.

• DESCONFIANZA EN LA LEALTAD DE ALGUNOS GOBERNANTES

Aquel problema primario, a que antes nos referimos, que había dividido a los americanos en *unitivistas* y *disgregativistas*, se agudizó y tomó otro cariz más localista cuando surgió la desconfianza en la lealtad de algunos gobernantes, sobre todo de aquellos que naturalmente ha-

brían de simpatizar con la causa francesa, como era, entre nosotros, el caso de Liniers (tan estimado por otra parte y tan querido, en especial, por los criollos), y también de aquellos que habían venido al país en los últimos tres años, como el valiente soldado de Trafalgar y caballeresco Virrey Cisneros, por considerarlos, con o sin razón, como bonapartistas o partidarios del traidor Manuel Godoy.

La entrada de los franceses en Andalucía a principios de 1810, y la noticia de la inminente caída de toda la Península, en poder del enemigo, con la disolución de la Junta Central y la consiguiente creación del Consejo de Regencia, que fue considerado por muchísimos hombres y aun por la Junta de Cádiz, como ilegítimo, llevó la situación a una extrema crisis.

• LA PROCLAMA DE CADIZ A LOS AMERICANOS

Cádiz, la más americanista de las ciudades españolas, a causa de sus vinculaciones comerciales con América, cuando debido a su situación geográfica de aislamiento estaba libre del dominio francés, además de estar en contra de la Regencia, creó una Junta local y autónoma, y publicó, el 14 de febrero de 1810, una "Proclama a la América Española", la que envió a todas las ciudades americanas. En ella se leen expresiones como éstas: "*Más para que el gobierno de Cádiz tuviese toda la representación legal y la confianza de los ciudadanos, cuyos destinos más preciosos se le confían, se procedió a petición del pueblo y protesta de su síndico, a formar una Junta de Gobierno que nombrada solemne y legalmente por la totalidad del vecindario reuniese sus votos, representase sus voluntades y cuidase de sus intereses. Verificóse así y*

sin convulsión, sin agitación, sin tumulto, con el decoro y concierto que conviene a hombres libres y fuertes, y han sido elegidos por todos los vecinos, los individuos que componen hoy la Junta Superior de Cádiz: Junta cuya formación deberá servir de modelo en adelante a los pueblos que quieran elegirse un gobierno representativo digno de su confianza".

La proclama de la Junta de Cádiz, ampliamente difundida en Buenos Aires, a mediados del mes de marzo de 1810, hizo un fuerte impacto en los hombres que dos meses más tarde habrían de bregar por la constitución de una Junta local. Aunque eran ya no pocas las ciudades españolas, que habían establecido sus respectivas Juntas, el ejemplo de Cádiz fue estimulante en grado máximo y el doctor Felipe Ferreiro ha patentizado su repercusión en todas las Juntas que se constituyeron en América, a raíz de los sucesos de Bayona.

• EL "PEQUEÑO CIRCULO DE HOMBRES ANIMOSOS"

Sencilla, noble y pacíficamente solucionó el Cabildo gaditano su problema; pero en Buenos Aires tomó un cariz de singular gravedad. Los gaditanos a una, se proponían salvar a la España aún salvable, y lo hacían *sinceramente*, en nombre de Fernando VII. Entre nosotros, y lo propio hay que consignar respecto a los otros virreinos, aunque la inmensa mayoría de los habitantes estaban imbuídos del mismísimo espíritu y alimentaban los mismísimos ideales que los hombres de Cádiz, y en forma la más serena y natural se habría podido formar una junta, la que gradualmente habría podido llegar a la independencia, existía aquel "pequeño círculo de hombres animosos", a que se refiere Manuel Moreno; aquellos

"escasos hombres", a los que se refiere Cisneros en su exposición al Rey; aquellos "pocos ciudadanos preocupados de la idea grandiosa de la emancipación de la patria", como se expresaba Tomás Guido, y esos pocos, en su afán de proselitismo, no habían podido guardar en secreto sus objetivos, y lógicamente las autoridades habían tomado las legítimas medidas para estorbarlos.

Se ha dicho que las revoluciones se hacen merced a la ineptitud de los que mandan o a la violencia de los que se niegan a obedecer, y si reconocemos que hubo ineptitud en Fernando VII, y hubo en él leporina cobardía, nada de esto hallamos en el Virrey Cisneros, último mandatario español en el Río de la Plata. Ese gran gobernante obró con toda valentía y caballerosidad, ya que no bien llegaron a Buenos Aires las noticias de la caída de Sevilla y con ella la caída de la Junta Central, menguadamente refugiada en la aislada Cádiz, hizo publicar el 17 de mayo de 1810, esas novedades que tanto habían de contristar a la gran masa de la población, pero habrían de dar alas a aquel puñado de disidentes. Al final de esas noticias dispuso Cisneros se agregaran estas líneas: "*El Gobierno no ha tenido otras noticias posteriores a las que anteceden, de cuya veracidad no sale garante, y se comunican al público para que se entere de ellas, en la forma que están contenidas en las Gazetas Inglesas de su referencia, que han venido por la via de Janeyro, y se han recibido en esta Capital, por un buque de la Marina Real Inglesa*".

• ENTRE UNITIVISTAS Y DISGREGATIVISTAS

El problema no estuvo entonces entre unitivistas y disgregativistas, aunque esa diversificación asomó en la asamblea del

día 22, sino entre juntistas y regentistas, esto es, entre los que creían en la creación de una Junta, como las que se habían creado en España, y los que creían que se debía depender, en un todo, de la Regencia, de la que emanaba la autoridad de Cisneros.

Es indudable que en Buenos Aires la voluntad general estaba por la Regencia, y en favor de la misma estaba el Virrey, y estaba la Audiencia, y estaba lo mejor de la población, así en el orden social como en el económico. Ellos lógicamente no eran juntistas, y en caso de aceptar la constitución de una Junta, caía de su peso que el Virrey Cisneros habría de ser quien la presidiera. Unas elecciones populares, verdaderamente libres, habrían dado ese resultado, y la revolución habría fracasado, o se habría aplazado.

Pero aquella minoría, insignificante en cuanto al número de individuos, pero fortísima por su ingenio y sagacidad, hizo triunfar la tesis menos popular. Ni se crea que esta realidad es en mengua de la gloria de Mayo, ya que, como enseña la historia, siempre han estado, y siempre estarán, en minoría, la capacidad, la cultura, la rectitud y el valor.

• LOS HOMBRES DE LA REVOLUCION

Un contemporáneo nos asegura que aquella minora no la constituían los abogados, ni los políticos de café, esto es, los charlatanes, sino un grupo de hombres activos y audaces, quienes, el mismo día 17 al conocerse la caída de Sevilla, tuvieron una reunión, y mandaron llamar a Cornelio Saavedra, que se hallaba en San Isidro. Llegó a las 10 horas del día 18, y entonces se puso en movimiento la revolución. Pero, ¿quiénes eran esos hombres de la primera hora que eligie-

ron a Saavedra y se pusieron a sus órdenes? De cierto, Domingo French, Antonio Luís Berutti, Juan María Arzac, Hipólito Vieytes, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez, y algunos otros, cuyos nombres desconocemos.

• DON CORNELIO SAAVEDRA

Para las cosas grandes y arduas es menester combinación sosegada, voluntad decidida, acción vigorosa, cabeza fría, corazón ardiente y mano de hierro, y sin quitar méritos a los demás próceres de Mayo, hemos de reconocer que don Cornelio Saavedra no tan sólo por su calidad de militar, aunque no lo era profesionalmente, sino también por su prudencia, por su visión política, por su tranquilidad de espíritu y por su audacia, fue el nomen y el numen de la revolución.

Hombre enteramente ajeno a las ideologías de la Revolución francesa, e imbuido en las clásicas ideas de los grandes pensadores españoles, en especial de Francisco Suárez, contaba Saavedra, aunque sólo *parcialmente*, con dos elementos de grande valía: el ejército y las comunidades religiosas, y sabemos que tanto o más que en la casa de Nicolás Rodríguez Peña, y que en la jabonería de Hipólito Vieytes, las reuniones secretas tuvieron lugar en los conventos de Santo Domingo y de la Merced, y en el Cuartel de los Patricios, ubicado entonces donde hoy se halla el Colegio Nacional Central, otrora Colegio de San Ignacio.

• EL EJERCITO Y LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

Si en su génesis remoto, ninguna analogía hubo entre la revolución argentina y la revolución francesa, como manifes-

tamos ya con sobrado fundamento, en sus orígenes inmediatos tampoco se hallará, ni remotamente, parentesco alguno, y el hecho de que fuera el ejército y fueran las comunidades religiosas las dos fuerzas sobre las que se apoyó el grupo inicial de los independentistas, dice mucho a desfavor de la tesis de quienes han opinado que nuestra Revolución fue hija de la de Francia.

Hubo, sin embargo, en los días de Mayo un fenómeno nada español, pero muy de los hombres que, en la Francia de 1789, apuntalaron con cadalsos lo que dieron en llamar libertad: aunque en forma mitigada, se implantó el terror como medio de triunfo. Ese ciertamente no podía ser el resorte de un país caballeresco, de un país de *fair play*, como lo era el español.

● LA LEGION INFERNAL

Triste es recordarlo, pero a los frailes y a los soldados, se incorporó, aunque en gran parte formada por estos últimos, la llamada Legión Infernal, de 400 a 600 sujetos: "iban encapotados, estaban bien armados y era mozada de revolución", como se expresa un testigo de vista.

Sino inútil, desdorosa fue la aparición y actuación de esta brigada intimidadora, ya que la conducta social y cívica de los porteños en aquella semana gloriosa no pudo ser más caballeresca. En una carta, comenzada a escribir el día 22 de mayo y terminada el 28 de mayo, y debida a un ilustre dominico, testigo de los sucesos, Fray Gregorio Torres, leemos: "*Esta gran novedad se ha hecho con la mayor tranquilidad y sosiego que puede figurarse. No ha habido ni un tiro, ni un golpe, ni un arresto. El día 22, que la mayor parte de los vecinos estuvo el tiempo dicho en las casas consistoriales tra-*

tando sobre tan grave negocio, andaba el resto del pueblo por las calles con tanta serenidad como si estuvieran en un juego de toros". Ni aquella infiltración francesa alteró la hidalguía hispana.

Esa mozada armada puso sin embargo, una nota desarmonica en los sucesos de mayo, ya que sus componentes (que según otro testigo de vista, decían representar al pueblo), iban tras los encargados de pregonar los bandos y los vivaban e silbaban, según los casos, de suerte que "*donde ellos estaban no podía acercarse persona alguna seria o de bien*". Esto escribe Posidonio da Costa, y hasta agrega que "*así fue como obtuvieron los votos, y no como dicen los papeles públicos*". Es expresión de tan avisado observador.

● PROCEDIMIENTOS PUBLICOS

¿Qué pretendían, en definitiva esos mozos embozados y bien armados, que así querían atemorizar? Fácil es la respuesta si tenemos presente que el día 22 y 24, "*a la plaza no asistió más pueblo que los convocados para el caso, teniendo éstos un cabeza que en nombre de ellos y de todo el pueblo daba la cara públicamente*", como escribió Berutti; y si a esto agregamos lo que manifestó después Cisneros, que las "*gentes que con estudio habían introducido en la plaza, esperaban la revolución y eran avisadas con ciertas señales que daban los facciosos desde la galería del Cabildo, para que aclamaran los votos favorables*", y si tenemos presente que algunos no pudieron emitir libremente su voto, pues hasta se les insultaba al entrever que votarían en sentido contrario a lo que querían aquellos, como fue el caso del Brigadier Francisco de Orduña, y si tenemos presente que al constituirse la Primera Junta aquellos mozos recorrieron las calles a los gri-

tos, poco discretos, de: "ya somos independientes, ya somos una gran patria, ya no permitiremos que alguien de afuera nos dicte reglas", y como queriendo dominar al presidente mismo de la Junta le dijeron en una ocasión: "*¡Saavedra! Nosotros te pusimos en ese lugar. Trata de gobernar como debes o, de lo contrario, nosotros te sacaremos y te mandaremos al infierno*".

En su original castellano, aunque en carta escrita toda ella en lengua portuguesa, cita Posidonio da Costa estas expresiones, y ellas dicen a las claras cuál era el espíritu neta y abiertamente independentista de aquellos hombres, desde el Cabildo del día 22 hasta la plenitud de los sucesos, el 25 de mayo. Tomás Guido nos asegura que pensaban y actuaban en ese sentido, desde el triunfo de los Patricios de Buenos Aires sobre los Tercios españoles, capitaneados por Alzaga, el día 1º de enero de 1809.

● LA FUERZA ESPIRITUAL Y LA MILITAR

Aunque parezca paradójico, cierto es que los objetivos de ese núcleo de innovadores contó con los dos elementos menos propensos a toda innovación: el soldado y el religioso, elementos que personificaron entonces, como personifican, hoy, la tradición, y por su carácter organizativo eran entonces, como lo son al presente, fuerzas de singular prestancia; aquellos hombres despejados y mañosos tuvieron la habilidad de contar entonces con esas dos fuerzas máximas: la espiritual y la militar, la de la virtud y la de la fuerza, y con ambas hicieron la revolución e hicieron la independencia.

Dignos de admiración son aquellos patriotas de la primera hora que con tan singular talento escogieron la virtud, que es la línea vertical, y escogieron la fuerza

que es la línea horizontal, pero al propio tiempo escogieron la astucia, que es la línea oblicua. Los fracasos de Méjico, en setiembre de 1808, y de Quito, en agosto de 1809 y de Chuquisaca y de La Paz, en mayo y julio de 1809, les habían enseñado que convenía adoptar los tortuosos rodeos de la política y vencer con el arte, y no fiarse de la fortuna, ya que la maña tiene más fuerza que la misma verdad.

● NO FUE EN VERDAD, CABILDO ABIERTO EL DEL 22 DE MAYO

Obtuvieron la celebración del Cabildo Abierto, pero por obra de los regentistas y de los juntistas o patriotas, dicho Cabildo no fue Abierto, esto es, plenamente democrático, como se había estilado en España y en sus colonias ultramarinas, sino que fue extremosamente un Cabildo cerrado. Ni quinientos vecinos de la ciudad de Buenos Aires, cuya población urbana era entonces de 27.000 habitantes fueron invitados; ni 300 de los invitados participaron en esa Asamblea. Aún más: el testigo lusitano asegura, y los hechos lo confirman: "*os que por traz de cortina manejavan o cabildo, tinham operado una inopina quanto audaz manipulação dos sufragios*". Pero no vamos a insistir en este punto, en homenaje a la buena memoria del Dr. Ricardo Levene, para quien el Cabildo del día 22 de Mayo fue la cuna de la democracia argentina.

No basta, sin embargo, toda la buena voluntad del mundo para aceptar esta aseveración del eximio historiador recientemente fallecido. Recordemos, en primer término, que los hombres de Mayo y sus inmediatos sucesores, más que elegidos por el pueblo, se impusieron al pueblo. Castelli, en el Cabildo del día 22, a fin de poner la revolución sobre los rieles, asentados de antemano por unos cuantos,

excogitó una doctrina jurídica tan novedosa e infundada como antidemocrática, según la cual la Capital del Virreinato podía erigirse en gestora de todas las provincias. Moreno, el más cabal demócrata de la primera hora, según su entusiasta biógrafo, combatió las teorías del Deán Funes sobre la representación de las provincias.

• CUAL FUE LA DEMOCRACIA EN MAYO DE 1810

Aquellos hombres no obraron democráticamente, pero reconocemos que obraron cuerda y sensatamente, ya que de no haber obrado como obraron, no habría surgido, a lo menos por entonces, la nación argentina. Aquella no fue una democracia *democrática*, ni el gobierno del pueblo por el pueblo, ni el resultado del sufragio libre, igualitario y universal, pero fue lo que debió ser. Aún más: fue la más sensata y noble de las formas o maneras democráticas, ya que tuvo en cuenta la capacidad de los sujetos y les otorgó, el derecho de participar, en la gestión de los intereses públicos, *proporcionalmente* a sus capacidades. Ciertamente: en esa coyuntura, la democracia no fue el culto a la incompetencia.

Es posible, sin embargo, sostener la tesis del Dr. Levene, pero no basándola en los procedimientos de aquella semana, sino en la valentía con que Saavedra, en el Cabildo del día 22, al emitir su voto, proclamó en alta voz y en forma sorpresiva, que el pueblo era el depositario de la autoridad o soberanía.

• EL CONTRATO POLITICO ACUÑADO POR SUAREZ

Muy de lamentar es que las actas de la Asamblea del 22 de mayo hayan llegado hasta nosotros en muy apretada sín-

tesis, pero son lo suficientemente expresivas como para poder decir que fue a base de la doctrina de los filósofos españoles, mejor dicho, del grande y sesudo pensador jesuita, Francisco Suárez que se hizo la revolución. "Dadme un punto de apoyo y moveré cielos y tierra", había dicho el matemático griego, sin obtener lo que ambicionaba. Otro tanto dijeron los patriotas de 1810, y un sacerdote y un jesuita, español de nacimiento, pero íntimamente vinculado con el Río de la Plata, desde fines del siglo XVI, les ofreció el punto de apoyo. De Castelli nos dice Seguí, quien le oyó, en la mañana del 22 de Mayo, que peroró "sosteniendo, *con autores* y principios, que el pueblo de esta capital debía asumir el poder Majestas o los derechos de la soberanía", y como anota muy atinadamente el doctor Roberto Marfany, cae de su peso que, en presencia del Sr. Obispo, del Virrey, de los miembros de la Audiencia y de los miembros de las comunidades religiosas allí presentes, en manera alguna pudo citar a Rousseau, ni a Montesquieu, sino, como es obvio, a Santo Tomás, a Belarmino y a Francisco Suárez, sobre todo a este último, ya que había Castelli estudiado en Buenos Aires con el maestro Pantaleón Rivarola, y en Córdoba con Fray Cayetano Rodríguez, y el suarismo de ambos es patente en los escritos que de ellos conocemos.

• NOMINALMENTE CITADO POR MORELOS

Recuérdese, por otra parte, cómo en una asamblea análoga, celebrada en México, el patriota Morelos, mencionó explícitamente al Padre Francisco Suárez, y en su doctrina, sobre el origen de la autoridad, estribó todo el nervio de su argumentación.

Tampoco consta que don Cornelio Saavedra nombrara al pensador hispano, aunque es posible y hasta probable que como Castelli, citara a los autores de la doctrina en que se basaba, pero es doctrina de Suárez la que sustentó en la mañana del día 22, y, como es sabido, 86 de los 225 votantes en aquella trascendentalísima votación, se ladearon a aquel prócer máximo de la Revolución.

• LA DOCTRINA SUSTENTADA POR SAAVEDRA

Sostuvo Don Cornelio que la autoridad del Virrey debía pasar al Cabildo "interim se forme la Junta que deba ejercerla", y declaró que la "formación [de dicha Junta] debe ser en el modo y forma que se estime por el Cabildo, y agregó: "no quede duda que el pueblo es el que confiere la autoridad o mando". Al oír estas frases, el Comendador de la Merced, Fray Manuel Aparicio, las aplaudió en forma la más entusiasta y, a la par de él, aunque con modificaciones accidentales, las aceptaron: Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, Antonio Luis Beruti, Manuel Belgrano, Bernardino Rivadavia, Domingo Matheu y Mariano Moreno.

• ROUSSEAU Y SUAREZ

Que "el pueblo es el que confiere la autoridad o mando", dijo Saavedra, y todo el bloque, que le acompañó en su voto, aceptó este principio suareciano, como ya hemos indicado, y ese aserto coincidió en un todo con "la reversión de los derechos de la soberanía del Pueblo" que, poco antes de la votación, había esgrimido Castelli. "La suprema ley [es] la salud del pueblo", expresó Pedro Andrés García: lo que viene a significar

que "el bien común es el fundamento de la autoridad", lenguaje netamente suareciano. "Fenecida la Suprema Junta Central, debe reasumirse el derecho de nombrar superior en los individuos de esta ciudad", afirmó Juan León Ferragut: y en esta expresión está bien claro el "contrato político" entre el pueblo y su gobernante, patrocinado por Suárez; además, según criterio de Rousseau, no era menester que feneciese la Suprema Junta Central para que el pueblo pudiese, a su arbitrio, disponer de la soberanía; ni la palabra "reasumir" está adecuada al lenguaje rusoniano: no reasume el pueblo un poder que ya posee "y que sólo ha prestado o delegado su ejercicio". Melchor Fernández había dicho que "este pueblo se halla en estado de disponer libremente de la autoridad, por defecto o caducidad de la Junta Central, a quien había jurado, y este principio quedó consagrado, en la petición escrita que se elevó al Cabildo, el 25 de Mayo, donde se lee: "el pueblo . . . , reasumida la autoridad y facultades que había conferido [a los Reyes de España] . . . , revoca y da por ningún valor la Junta erigida . . . "

Como se colige de estas expresiones, ellas entrañan implícita o explícitamente un contrato, un pacto, pacto o contrato que nada tiene que ver con el pacto o contrato propugnado por Rousseau antes es por él estigmatizado, y está, en un todo, conforme con el acuñado por Suárez y defendido en las cátedras rioplatenses e hispanoamericanas, desde fines del siglo XVI.

• "LA VOLUNTAD GENERAL . . . "

Reconozcamos también que los regentistas, en esa trascendental asamblea del 22 de mayo, sostuvieron la misma doctrina expuesta por los juntistas, pero eran

unitivistas, no disgregativistas, y opinaban que se debía consultar a toda la América, o a lo menos a todo el Virreinato, no tan solo a los hombres de Buenos Aires, para poder constituir un gobierno rioplatense. No criticaremos esta opinión, pero la hallamos más democrática que la contraria, que prevaleció, por obra de Castelli. Ni se crea que la voluntad general, que entraña esa opinión, fuera una invención roussoniana, consagrada por la revolución francesa, ya que ella pervade, vitaliza e ilumina todo el historial de las ciudades españolas e hispanoamericanas, y era tan respetada entre nosotros, aun mucho antes de los sucesos de la Francia, que, cuando en 1766 el Comandante del pueblo de San Carlos, en la Banda Oriental del Uruguay, trató de separar a tres familias, por causa de las vinculaciones de las mismas con los gauderios, lo que era motivo de intranquilidad en aquella población, contestóle así el gobernador de Buenos Aires: "para expulsar del pueblo de San Carlos las familias que sabe Ud. perjudiciales, es indispensable que todo el vecindario lo pida, para mandarlo, y entre tanto, no haga Ud. novedad con ellos".

Lo cierto es que el 22 de mayo Patriotas y Realistas sostuvieron una doctrina de cuño y tradición neta y legítimamente española, la que, no obstante la tenaz campaña llevada a cabo contra la misma, desde 1767 en las universidades españolas y aun en la masa del pueblo peninsular, florecía aún en América en 1810.

● POR SER MAS ESPAÑOLES QUE LOS ESPAÑOLES

Si este nuestro aserto es fundado, y creemos que lo es, y así lo hemos expuesto extensamente en otra coyuntura, habremos de reconocer que la Argentina,

y lo propio hay que decir de toda la América, era en 1810 más española que la misma España, y por ser más española que ella, pensó en su independencia y con las armas más nobles, de fabricación hispana, no toledana precisamente, como los celebrados aceros, sino suareciana, obtuvo lo que noble y justicieramente se propuso.

Gracias a la doctrina del contrato, existente entre los Reyes de España y sus posesiones de América, fervorosamente enseñada por los Jesuitas entre 1586 y 1767 y por quienes fueron sus discípulos, entre 1767 y 1810, la revolución argentina no sólo quedó firmemente afianzada, el día 22 de mayo, sino que quedó, además, plenamente justificada. Tres días después, un hijo de la tierra reemplazaba al Virrey en el gobierno de estas regiones americanas.

● PROCEDER IMPOLITICO DE LAS CORTES DE CADIZ

El ideal de aquel corto número de clarividentes y animosos ciudadanos era una realidad. Solo faltaba un hecho de bulto para que la idea, ya en marcha, cundiera entre la multitud de las gentes, así de Buenos Aires como de las Provincias, y la conducta equivocada del Consejo de Regencia y un gravísimo error de las Cortes de Cádiz, hicieron que la revolución ideológica, iniciada por muy pocos, se transformara en la revolución armada de la independencia, secundada entusiastamente por muchísimos.

En setiembre de 1810 se reunieron dichas Cortes gaditanas, con algo más de un centenar de diputados, de los que casi una tercera parte (27) eran americanos o eran españoles, designados en la misma España, como representantes de los pueblos de Indias.

Grave error de las Cortes fue el prestigiar a la Regencia y más grave aún el dictar, el 24 de setiembre de 1810, una ley que rompía con el separatismo que había existido hasta entonces entre España y América, estableciendo así la unidad de los dominios españoles en los dos hemisferios, constituyendo con ellos una sola Nación y atribuyendo a las Cortes el ejercicio total de la soberanía. Esta disposición, de corte francés, era francamente violatoria de la ley fundamental del Reino de Indias de 1519, incorporada a la Recopilación de Indias, y que los americanos consideraban uno de sus derechos esenciales. Esa errada política de las Cortes de Cádiz llevó la indignación al pecho del General San Martín, que peleaba por el Rey, y que, desde ese día y por causa de esa errada política, como ha puesto en evidencia el doctor Felipe Ferreiro, volvió su espada contra ese mismo Rey, y esa errada política llevó a los americanos en general a desconocer y aún a contrariar los derechos reales que sobre las provincias ultramarinas tenía la España de otrora.

• NUESTRA REVOLUCION FUE DE IDIOSINCRACIA ESPAÑOLA

Sintetizando: la Revolución de Mayo, así en su fundamentación ideológica como en sus lineamientos básicos y sobresalientes fue una revolución de índole hispana, aunque con algunos ribetes de corte francés, como la limitación de vecinos al Cabildo que debió de haber sido Abierto, como la manipulación en los sufragios, de parte de los que estaban entre bastidores y como la creación de la Legión Infernal.

Estos hechos y algunos otros de igual tesitura, tan ajenos al espíritu y a la idiosincracia del pueblo español, tan en pug-

na, así con la hidalguía como con la religiosidad hispanas, nos demuestran que el liberalismo de sello francés había hecho algunos adeptos en el Río de la Plata.

Parece, sin embargo, que no fue sino al promediar el siglo XIX, que ese liberalismo llegó a dominar a no pocos núcleos de los hombres pensantes de la época, pero es innegable que ya en 1810 habían asomado ideas sueltas y tácticas aisladas de ese jaez, y habría fundamento para sospechar que fue en la época de la emancipación, más en 1820 que en 1810, que se efectuó entre nosotros el tránsito del liberalismo, como idea política, al liberalismo, como creencia y como vivencia política y social.

Confirmaría esta tesis lo que escribió Belgrano, refiriéndose a los años que estuvo en la Metrópoli: *"como en la época de 1789 me hallaba en España, y la Revolución de Francia hiciese también la variación de ideas, particularmente en los hombres de letras, con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido"*.

Asevera Belgrano que hubo una variación de ideas en los hombres pensantes de España, pero hay que advertir que, en manera alguna identifica esas ideas con las del radicalismo francés de la época. En algún grado, como ya indicamos, hubo en España y hubo en el Río de la Plata atisbos lejanos de liberalismo radical transpirenaico, pero así en España como entre nosotros, a lo menos, por lo que a nosotros respecta, hasta 1884, ese liberalismo actuó como un elemento catalizador, pues dejó inalterables las líneas maestras de la arquitectura mental de las generaciones anteriores a 1884 y en espe-

cial la de los hombres de Mayo. Las excepciones personales (Monteagudo por ejemplo) sólo confirmarían lo que consideramos la regla general.

● INFLUENCIA DEL LIBERALISMO FRANCES

Hubo, hemos dicho, algunos atisbos, algunas ráfagas, alguna ligera influencia de las ideas liberales francesas en el liberalismo de nuestros próceres de 1810, pero aun esa influencia estuvo compensada y en cierto modo canalizada por un ambiente diverso al transpirenaico, y por un tipo humano imbuído por concepciones humanistas que lo mantenían adscrito a la Trascendencia. Era eso lo que podría llamarse un liberalismo vertical, pues mantenía su contacto con la dimensión trascendente de la vida humana. En el Río de la Plata, como en España, la cultura continuaba teniendo "un sentido eminentemente personal", seguía girando alrededor del hombre, y la libertad continuó teniendo un sentido radical, "íntimamente ligado con el fin absoluto del hombre".

● EL CASO DE BELGRANO

Un arquetipo de ese liberalismo, que en realidad no puede llamarse así, ya que se reducía a un catolicismo despojado de los parásitos de la doctrina protestante del origen divino de los Reyes y de la teoría inglesa del absolutismo de los mismos, o como se ha expresado el doctor Carlos Floria, liberalismo con esencias españolas, es el General Belgrano, quien en su *Autobiografía* pone al lado de las flamantes concepciones liberales, que adquirió en España, su idea de que "nuestra revolución es obra de Dios". Su liberalismo nunca le produjo la menor inquie-

tud con respecto a sus creencias religiosas, porque jamás concibió la imposibilidad de una conciliación, sencillamente porque nunca se planteó esa necesaria conciliación. No llegó, en rigor, a necesitarla. Su liberalismo renovador jamás le reprochó, por el hecho de reunir a sus soldados antes del toque de queda, para rezar el rosario. Comienza su biografía diciendo: "*Yo emprendo escribir mi vida pública —puede ser que mi amor propio acaso me alucine con el objeto que sea útil a mis paisanos..., porque el único premio a que aspiro por todos mis trabajos, después de lo que espero de la misericordia del Todopoderoso, es conservar el buen nombre...*".

● EL CASO DE MORENO

Escribe Manuel Moreno en la *Vida y Memorias del Doctor Don Mariano Moreno* que "la noticia de haber entrado Mariano a estudiar leyes causó bastante alarma en el espíritu de sus padres, que estaban en la persuasión que, hecho Doctor en Teología, no trataría ya de otra cosa que de ordenarse sacerdote". No fue así. Pero personalmente Moreno profesaba la fe católica. Razones de orden personal, como la apuntada, y de orden social —el sentimiento religioso del pueblo— llevó a Moreno a eliminar de la reimpresión de *El Contrato Social* que apareció a fines de 1810 en Buenos Aires, los dos capítulos donde Rousseau "tuvo la desgracia de delirar en materia religiosa". Es expresión del mismo Moreno.

Muchos de estos conceptos han sido fundadamente expuestos por el doctor Carlos Alberto Floria, y es también atinadísima observación suya, que con gusto hacemos nuestra, de que en los mismos esquemas de los hombres de 1810,

esquemas que en sentido lato e impropio pudiéramos llamar liberales, había mucho de reacción contra lo que entendían ser propiamente español, sin percatarse hasta qué grado, y no pequeño, la misma España les estaba brindando la porción liberal de su historia.

Dos hechos hay que con grande fuerza probativa ponen de manifiesto la enorme distancia que medió entre lo que podríamos llamar liberalismo de Buenos Aires y liberalismo de París, liberalismo de 1810 y liberalismo de 1790, o, en otras palabras, entre la Revolución Argentina y la Revolución Francesa.

• ANTE TODO LOS DEBERES; DESPUES LOS DERECHOS

En primer término, la de Francia comenzó pregonando los derechos del hombre; la Argentina, de cuño hispano, sin preterir los derechos del hombre, comenzó pregonando los deberes del hombre. Nuestros próceres, varones de principios religiosos arraigadísimos, sabían muy bien que si el hombre había sido creado por Dios con el deber de hacer lo que El le ordenara, esto es, todo eso que se llama deber, desde ese momento tenía derecho a todo lo que necesitaría para cumplir ese deber.

Sabían muy bien que las obligaciones en el hombre son anteriores a sus derechos. Precisamente porque tiene la obligación de conservar la existencia, tiene el derecho a todo aquello que sirve a esa conservación; porque tiene el deber de perfeccionar su entendimiento con la verdad, y a mejorar su voluntad con la virtud, tiene derecho al saber y a la perfección; porque tiene el deber de obtener el bien, para el cual ha sido creado, tiene derecho a usar de los bienes de este mun-

do, tanto cuanto para ello le sirvan, apartando todo estorbo que le pueda impedir la obtención de ese su fin.

• NO HAY DERECHOS SI NO HAY DEBERES

La sana teología y la luminosa filosofía de que estaban imbuídos los hombres de la Revolución Argentina los llevó a la persuasión de que el deber, la obligación, es el primer eslabón, y que de este eslabón dependen todos los derechos. Quitado o roto este eslabón, toda la cadena de derechos forzosamente cae en el fondo del abismo de la nada. La exquisita educación que habían recibido en Córdoba y Chuquisaca les había hecho ver con sabia perspicacia que quien quisiera hacer valer su derecho, primero tendría que confesar su deber, y probar la necesidad o conveniencia para su deber de aquello a que pretendía tener derecho.

• EL "TRATADO DE LAS OBLIGACIONES DEL HOMBRE"

Los autores de historia patria recuerdan, y a son de pífanos, que la primera Junta Patria dispuso la impresión del Contrato Social de Rousseau, espeso tejido de antinomias, que como texto fracasó en ciernes, repudiado por los mismos maestros de la primera generación argentina, pero ocultan que esa misma Junta dispuso la publicación del *Tratado de las obligaciones del hombre*, texto que perduró en la escuela argentina desde 1810 hasta 1884, esto es, hasta el año de la desargentinización de la Argentina.

Consta esa preciosa obrita de una breve introducción y de tres capítulos, referentes a las obligaciones del hombre: 1) para con Dios, 2) para consigo mismo, y 3) para con los demás hombres, y en

el primer capítulo destaca la obligación que tienen los hombres de "adorar a Dios con la más profunda humildad" y de "amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y sobre todas las cosas".

Los hombres de la Revolución de Mayo eran religiosos y creyentes fervorosos. Habrían ciertamente temblado ante el pensamiento de una escuela laica. Semejante atentado contra el alma de los niños les habría puesto la espada en la mano con mayor presteza que cuando las invasiones inglesas. De ahí ese precioso *Tratado de las Obligaciones del Hombre*, que es un catecismo religioso y cívico, no superado ni por el precioso catecismo, compuesto treinta años más tarde, por Esteban de Echeverría, ni por el más pretencioso de Escolástico Zegada, escrito por orden de Urquiza y mandado publicar por los hombres de Caseros.

• EL ESPIRITU DE LOS HOMBRES DE MAYO

Digamos sin reticencias que, como es evidente, a todas luces, la enseñanza religiosa en las escuelas, constituyó entre 1810 y 1853, el trazo más vigoroso en la línea Mayo-Caseros.

Y ante la realidad de esa publicación, efectuada cuando la Patria estaba aún en pañales, y ante el cúmulo de los hechos acaecidos en aquella gloriosa Semana de Mayo, cabe destacar tres conclusiones evidentes:

1º) Los hombres de Mayo rompieron con la tradición política, pero se aferraron como antes, y tal vez más empeñosamente que antes, a la tradición religiosa.

2º) Repudiaron en forma franca, decidida y absoluta, el laicismo en la educación de la niñez y juventud.

3º) En conformidad con el espíritu cristiano de la tradición hispana pensaron antes en las obligaciones del hombre que en los derechos del hombre aunque estos últimos, y no aquéllos, eran los que habían proclamado la Revolución Francesa.

• REVOLUCION DE SELLO CRISTIANO

De lo que antecede, surge la otra de las dos grandes diferencias entre la revolución francesa y la argentina. Aquella fue esencialmente impía; ésta, iluminada por la fe, lejos de endiosar a la razón, reconoció que, por encima de ella, estaba Dios, fuente de toda razón y de toda justicia. Cuando una revolución es anticristiana, como lo fue la de Francia en 1789, toda institución marcada con el sello cristiano, aunque cuente con el asentimiento de las centurias, es objeto de los odios revolucionarios y condenada a muerte, en nombre de la libertad. Esa extraña libertad que, para emancipar de tiranías a los pueblos, comienza por negarles sus derechos seculares más sagrados, rompiendo así el hilo de su historia y forzando su verdadera libertad, por medio de la violencia y de la intriga, fue la libertad proclamada por la Revolución Francesa, pero de esa tiránica libertad, que es la más ignominiosa y artera de las tiranías, estuvo lejísima la revolución argentina. No fue en 1810, ni fue en la azarosa época de la gran crisis nacional, ni fue durante los largos años de la dictadura rosista, fue durante el nefasto decenio 1880-1890, que aquella tradicional libertad, de cuño cristiano y de temple hispano, fue suplantada por la anticristiana y antiargentina de factura masónica y de procedencia francesa, la que tantas desgracias ha causado a la patria desde aquella época de la apostasía nacional.

● GESTA DEI PER ARGENTINOS

La arraigada, luminosa y dinámica religiosidad de los hombres de Mayo no sólo salvó a la naciente argentina de esa engañosa libertad, sino que los llevó a considerar y a proclamar, que la revolución, en la que habían sido ellos gestores de tanta trascendencia, era, toda ella, un don de Dios, una dádiva generosa del Padre que está en los cielos, y ellos se consideraron como meros instrumentos de la Providencia divina. Implícitamente se

encuentra esta idea en los escritos de todos aquellos próceres de la primera hora, pero en especial en los de Saavedra y en los de Belgrano, quienes, muy acertadamente pensaban que, si los cronistas de la Galia Cristiana, se atrevieron a rotular sus historias: *Gesta Dei per Francos. Las hazañas de Dios realizadas por medio de los Francos*, ellos, por razones no menos poderosas, ante hechos no menos providenciales, podrían considerar la crónica de los sucesos de Mayo como *Gesta Dei per Argentinos*.